

me el favor de permitirme que copie ese suelto para mandarlo á mis padres? Déme usted un retacillo cualquiera de papel.

El canónigo alzó el codo... pero fué para asir la carta, partirla en dos mitades, darme la blanca y guardar bonitamente la escrita en el bade de cuero que ante sí tenía. Nada pude pescar; copié el suelto, y después de otro rato de plática con D. Vicente, en que hablamos de política, comentando las noticias de sensación que en aquella agitada época abundaban, me despedí. Salíme á la antesa-la, mirando, no sin melancolía, el pasillo que guiaba al cuarto de Pastora. Al descolgar de la percha mi capa, un objeto blanco se deslizó de entre la esclavina y vino á caer á mis pies. Lo recogí apriesa, era una carta cerrada sobre sí misma y con obleas, á la antigua española, un tanto arrugada y con un sano tufillo á espliego, aroma especial de que la ropa de Pastora estaba impregnada siempre. Así el olor como las arrugas me indicaron que la misiva, antes de ir al buzón de mi esclavina, reposó sobre el corazoncito de mi Dulcinea. Bajé los escalones cuatro á cuatro, y trabajo me costó no leer la epístola en el mismo portal del canónigo. Dando largas zancajadas, me fuí en busca de uno de los muchos sitios retiradísimos que tiene Santiago, para bien de los estudiantes que desean leer en paz una carta.

VI

Rompí la nema y devoré las líneas siguientes, de letra menudita, redonda y cerrada como las planas de Torío.

«J. M. J.

«Mi querido Pascual: Dios se lo pague á la madre Serafina de la Enseñanza, por haberme amaestrado en formar estos palotes, que hoy me sirven para comunicarme contigo. Ante todo, te pido perdón por mi necedad en reirme de tus temores con respecto á D. Víctor: bien sabe Dios que pensé que eran todas bobadas y figuraciones de doña Verónica, y ahora conozco que no se puede decir nunca de esta agua no beberé. El padre de D. Víctor ha escrito al tío pidiéndome formalmente en matrimonio para su hijo. Sólo á un señorito mimado como D. Víctor se le ofrece encapricharse por una muchacha tan inferior á su clase como yo: y el padre debe de ser bien débil. En sustancia, él me pide, y ya puedes colegir cómo estará mamá desde tal acontecimiento. Hace extremos, baila, canta, se lo cuenta en confianza á todas las vecinas, que me saca los colores. ¿Te acuerdas de aquellas tonterías que ideabas tú, cuando te empeñabas en

«que yo había de vestir seda, y raso y no sé qué
 «más? Pues mi madre está á todas horas con esa
 «manía. Pero lo peor, Pascual, es que también el
 «tío esta satisfecho, porque el pobre quiere mi bien
 «y piensa que me cayó un fortunón. Pascual, Pas-
 «cual, aconséjame. A mí por fuerza no me han de
 «casar; á nadie se le hace hoy en día eso, y si yo
 «digo siempre que no, gano la batalla. Pero me due-
 «le disgustar á mi tío, á quien debo cuanto soy, que
 «me sacó de pobre aldeana, y me amparó desde
 «pequeñita, y que hoy pasa también sus apurillos,
 «porque el Gobierno no paga á los que no juran.
 «De mi madre no me da tanto cuidado, que á esa
 «las rabias no le pasan de la garganta.

«¡Si pudiera hablarte un ratito! Ya que no es
 «posible, contéstame, metiendo la carta en la capa.
 «Sabes que te estima y quiere de veras.—*Pastora.*»

«*P. D.* Oí decir que eras un sabio y un chico
 «notabilísimo: eso anda muy corrido. Supongo que
 «algún chusco de tus compañeros será el que haya
 «inventado, sin permiso tuyo, esa broma, porque
 «á tí no te tengo por tan farsante.»

Cómo tornaría á mi albergue, piénselo el lector.
 La incertidumbre, la cólera, el despecho, ocupa-
 ban mi ánimo por igual. Subí á mi habitación, to-
 mé papel y pluma, y con furibundos rasgos y nu-
 merosos borrones y tachaduras, garrapateé este
 despótico billete:

«Querida Pastora: No sé á qué viene esa hipo-
 «cresía de pedirme consejo. Aconséjate de tu cari-
 «ño, si es que me profesas el que dices; y de tu pa-
 «labra, si la sabes guardar. No puede decirte otra
 «cosa.—*Pascual.*»

Eché arenillas, cerré, lacré, puse la carta en el
 bolsillo, y tomando otra vez capa y sombrero, me
 dispuse á volver con cualquier pretexto á casa de
 D. Vicente. Mas al asomarme á la escalera, un bul-
 to negro se interpuso, y dos brazos me intercepta-
 ron el paso.

—¡Stttt! ¿Adónde tan deprisa, Sr. D. Pascual?
 —dijo la voz afable de D. Nemesio Angulo;—en-
 tre usted en mi cuarto, si no es urgente lo que va
 á hacer; tengo que hablarle.

—Pase usted al mío, si gusta, y tome asiento—
 le repliqué mandándole en mis adentros al diablo.

—Mire usted, Pascual—empezó D. Nemesio con
 mucha solemnidad—yo vengo á dar un paso que
 usted calificará como guste; pero que considero no
 debo omitir. Nadie podrá acusarme nunca de un
 proceder torcido ó de una falta de consecuencia
 para con mis amigos, entre los cuales se cuenta Vd.

—Usted dirá...—respondí sin saber qué opinar
 de aquel introito.

—Amiguito, yo no sé si le voy á dar á usted una
 mala noticia; pero es probable que ya esté al tan-
 to de lo que ocurre. D. Víctor...

—Ha pedido á Pastora—exclamé con ímpetu.

—Ya me figuraba yo que usted lo sabría. Ella se lo habrá dicho. Sí, amigo mío, usted estará admirado, y yo también. Lo que sucede, lo que sucede. Emprende un señorito, así... que no tiene muchas ocupaciones... el rondar una niña de pocas ínfulas; cree que todo van á ser mieles; se encuentra con la horma de su zapato, con una muchacha educada religiosamente y en los más sanos principios como es Pastora, aunque yo decirlo no deba; le recibe ella con dignidad y recato, se pica él de amor propio, comienza á mirarla con ojos muy distintos, y acaba por prendarse de veras. Así le pasó á nuestro vecino.

—¡Pues apenas hacía tiempo que ese mono no importunaba á Pastora! Ella se creía libre de tal botarate.

—Justo, justo; desde que la niña le puso las peras á cuarto. Nadie hay sin algún defectillo; todos los tenemos, que lo sepamos ó no, y el de D. Víctor consiste en un si es no es de orgullo; pero ya ve usted, tiene en qué fundarlo. Como Pastora le dió tan redondo desaire, él dijo: ¿sí? pues de un modo ó de otro me has de pertenecer; nadie rehusa á Víctor de la Formosada. Empezó á escribir á su padre cartas y más cartas, y por último, hasta hizo allá un viajecito. El padre ¡ya se vé! no tiene más hijo que ese; deseará conocer un nietezuelo que perpetúe su antiguo apellido; le pintarían las

perfecciones de la muchacha... En fin, que el pobre señor vino en todo cuanto quiso el chico. Ha escrito la carta pidiendo á Pastora.

—Ya lo sé—dije mostrando con ademán hosco lo poco grata que me era la narración.

—Sí; pero esto viene á cuento de que... yo he recibido dos comisiones, que en manera alguna quiero desempeñar á hurto de usted, Pascual. Nemesio Angulo gusta de ser sincero, y de no jugar nunca una mala partida á sus amigos. Mire usted, yo he sido toda esta temporada el paño de lágrimas de D. Víctor; pero sus secretos eran suyos, y usted bien sabe que nada le he dicho. Mas hoy me confía un encargo, ni privado ni secreto, y sin encomendarme particular reserva, y de eso creo que debo antes prevenir á usted.

—No adivino...

—Yo soy el que ha de presentar al señorito de la Formoseda en casa de D. Vicente: y asimismo me corresponde transmitir al padre de D. Víctor la respuesta del canónigo, de doña Fermina y de Pastora. En suma, correré con todo el negocio. Tengo plenos poderes de D. Víctor, y me autoriza y obliga á entrar en el asunto la amistad que me dispensa el pretendiente, y el ser Pastora mi hija de confesión hace tanto tiempo.

—Pero Sr. D. Nemesio—articulé todo trémulo y airado—¿qué cosa está usted diciendo ahí? ¿Usted se olvida, por lo visto, de que Pastora tiene trata-

do el casarse conmigo y con nadie más? Me extraña mucho en usted semejante porte.

—Pascual, serénele usted y hablemos formalmente.

—Me parece que hablo con toda formalidad.

—Amiguito, usted es un hombre ya y no un niño. Las cosas deben mirarse despacio: es preciso reflexionar y no partir de ligero. Usted habla de casarse; ¿cuenta usted con recursos para ello?

—Por hoy...

—¿Y para el día de mañana? Yo le hablo así, porque me tomo interés por Pastora y por usted también, y ojalá pudiese ver á los dos tan contentos y tan...

—Así que acabe la carrera, me ganaré la vida como los demás médicos.

—Que no se la ganen y andan pereciendo. ¿Y quiere usted exponer á Pastora á tal contingencia? Advierta usted que si las cosas no mudan de faz y esta desatinada revolución no toma otro camino, tendrá usted á costas á doña Fermína, y aun quién sabe si á D. Vicente. Todo pudiera ser.

—¿Y cree usted que Pastora querrá bien nunca á ese D. Esdrújulo? Pastora me prefiere á mí tan sólo y no se avendrá á tener otro novio.

—Esos cariños tan ciegos y tan desesperados he visto, Pascual, que sólo se hallan en las novelas. En la vida no.

—Y usted, que es un sacerdote, ¿piensa que una mujer tiene muchas probabilidades de ser buena cuando la hacen casarse con un hombre que le repugna?

—Pastora, de casada como de soltera, será buena, buenísima, porque lo tiene de condición, y eso lo sabe usted perfectamente. Además, ¿por qué le ha de repugnar D. Víctor? D. Víctor es mozo, apuesto, bien nacido, rico; á pesar de su seriedad, tiene un fondo angelical; hará un marido excelente; se me figura que es como si dijéramos bebe con guindas.

—Eso es —exclamé rabioso— eso es; alábelo usted, llévelo en palmas, póngalo en compota. A usted se le antojará una preciosidad, pero á mí me empalaga y me apesta ese fatuo, ese orgulloso que parece que tiene á menos saludar á los que no llevan la chistera tan flamante como él. Le digo á usted que si se tratase de otro, aun quizá me pondría más en razón; pero tratándose de semejante monigote, me empeño yo en que ha de sufrir el segundo desaire. Y no digo más. Creerá el don necio que con sus guantes y sus botas de charol todas le han de hacer el buz. Ya verá que no es el mundo lo que él piensa. Más dinero tendrá que yo, pero por esta vez me llevo el gato al agua.

—Usted lo meditará, Pascual—respondió D. Nemesio levantándose.—Yo he cumplido como lo exige nuestro mutuo aprecio. Consulte usted con su

conciencia si debe colocarse entre Pastora y la fortuna inesperada que se le brinda.

Dicho esto salió apretándome amigablemente la mano. Ví muy bien en la placidez de su rostro que se le daba una higa de mis bravatas, y que la idea de que el señorito de la Formoseda pudiera ser rehusado no echaba raíces en su pensamiento. Quedéme en un estado de exaltación veheméntísima.

Por más sofismas que la pasión me dictara, por más hervores de sangre que ascendiesen á mi cerebro al doble impulso de la vanidad mortificada y del sentimiento herido, una voz, la voz indiscreta que con desesperante claridad canta dentro de nosotros mismos importunas verdades, me decía cosas que no me era posible desoir ni negar. Repetíame doblemente esforzados los argumentos de D. Nemesio; me mostraba irónica mi propia insignificancia, la posición precaria y angustiosa que yo podía ofrecer á una familia, contrastando con el cómodo bienestar, la existencia honrosa prometida á Pastora en el enlace con D. Víctor. Y es muy de advertir que, con aborrecer yo profundamente al señorito de la Formoseda, cuyas acciones, lujo y maneras me parecían tan impertinentes y desdeñosas, allá en mi interior no podía dejar de hacerle completa justicia, reconociendo que en la ya larga temporada que llevábamos habitando juntos bajo el techo de doña Verónica, nunca

sorprendiera en el señorito un indicio de desarreglo ni de viciosas costumbres.

Ordinariamente, al recogerme yo, ya él reposaba entre sábanas; jamás escuché en su habitación choque de vasos y botellas, ni bullicio y jácara de descompuestos amigos; siempre le ví tan tieso, tan estirado y tan metódico; juego, ni por las mientes; de galanteos, no le conocí nunca más que los muy inocentes, superficiales y decorosos que la voz pública le atribuía con algunas señoritas de calidad, á quienes por ventura tropezó en las arboledas del paseo ó vió arrastrar vaporosa cola de tarlatana sobre las alfombras de los bailes; y finalmente, la aventura de Pastora, que si pudo iniciarse con funesto propósito, de tan cristiana manera terminaba. A la convicción de estos morigerados hábitos de mi rival, se unía la lucidez con que yo me analizaba á mí propio y á mi menguado porvenir. No tenía más perspectiva lisonjera que la de pescar un partidillo y matar allí sanos; verdad es que me correspondía, por mi casa, una exigua parte de montañés patrimonio; pero amén de que ya ni mis gustos, remontados como panderos, ni mi género de vida, me consentirían empuñar el arado y la azada, habíame comprometido con mi padre á no recoger aquel lote de herencia y á dejarlo á beneficio de los demás hermanos: compromiso justísimo, puesto que los gastos de la carrera en breve consumirían aquella porción de legítima, y disfrutarla

fuera expoliar á mis coherederos, cosa que, aun no siendo yo modelo de virtudes, repugnaba á mi conciencia. ¡Rayo de Dios! ¡Por qué los que tienen exigencias, necesidades y ansias de goces no han de poseer á proporción voluntad enérgica y fuerza para separar los obstáculos sociales! ¡Por qué mi condenada holgazanería se ha de interponer entre los libros y yo!

Estas especies acudían en tropel á mi imaginación, con la aguda viveza que revisten las representaciones penosas. Mas á la vez el amor me suministraba argumentos para desecharlas. Pastora te quiere, me decía; quien bien quiere, pasa por todo: preferiría ella partir contigo unas patatas, á saborear faisán en compañía del señorito de la Formoseda. Pero, replicaba el juicio, Pastora no se verá forzada á sacrificar únicamente lo supérfluo y lo exquisito de la vida, que eso bien aina lo hiciera ella; tendrá que inmolarte su reposo, los sentimientos más honrados de su alma, cuales son la gratitud y el respeto á su tío, la obediencia á su madre... En este ovillejo andábame yo, sin acertar á desenredarlo. Tumbéme sobre la cama, revolviéndome en ella en un estado de fluctuación y angustia inexplicables; encendí cigarro tras cigarro, sin concluir alguno, antes arrojándolos á medio fumar... Doña Verónica, con importuna solicitud, entró varias veces á preguntarme en voz melíflua si «se me ofrecía algo» si «me iba mal» y si «no

quería la comida.» Respondíle desabridamente que me dolían las muelas de un modo atroz, que me incomodaba ver luz y tener que hablar: ella entonces fué pisando blandito, no sin que antes entornase las maderas de la ventana.

Ciertas crisis no pueden prolongarse. Mi propio desasosiego trajo de la mano una inquietud que de súbito me invadió: dormité una media hora, y me hallé calmado y resuelto. Salté del lecho y abrí la ventana: era ya anochecido: brillaban algunas estrellas en el oscuro azul del cielo, y los faroles luchaban con las tinieblas de la calle. Respiré con deleite el fresco nocturno, y permanecí algún rato meditando. Parecíame haber encontrado un expediente conciliador. Cuantas más vueltas le daba, más razonable me parecía. Cerré otra vez la vidriera, encendí fósforo y bujía, y tomando recado de escribir, tracé ya con firme pulso y letra clara, estos renglones:

«Mi querida Pastora: pídesme consejo, y voy á decirte lo que la conciencia me dicta. Obra cual te sugieran tu buena razón y tu juicio. Yo estoy demasiado interesado en el asunto para poder acertadamente dirigirte. Si dejase correr la pluma, te pondría cosas que tu albedrío sujetaran. La cuestión es grave, y como de ella pende toda tu vida, debo irme con tiento. No influyan en tu ánimo las palabras que nos dímos, en cuanto obligan y son sagradas, que yo de buen grado las ten-

»dré por no recibidas: obra cual si, conociéndome y queriéndome, nada hubiésemos tratado de casamiento.

»Ni en contra ni en favor mío te inclino. Pero soy, como siempre, tu constante *Pascual*.»

Esta sensatísima carta concluída, respiré con más desahogo; la verdad ante todo: al darla así de magnánimo, no dejaba yo de contar firmemente con el fiel apego de Pastora, y de calcular que las hábiles reticencias de la carta habían de ser claros signos de mi deseo. Después de todo, la carta era diplomática, y yo lo comprendía bien. En el fondo, á pesar de mi generoso alarde, yo resultaba un egoísta. El hombre suele concluir convenios de esta clase con su deber, estipulando una cláusula secreta á favor de la pasión.

Resuelto á enviar á mayor brevedad la misiva á su destino, recordé que, hallándose D. Vicente prisionero de la gota en su casa, no parecería extemporáneo ir de noche á hacerle un rato de tertulia. Salí, pues, y eché á andar en aquella dirección: sorprendiome ver el portal iluminado y abierto, cosa tan opuesta á la sabia economía y metódicas costumbres del canónigo: subí, llamé, abríome la Maritornes, y por poco caigo de espaldas al divisar, pendientes de la percha en que solía yo colgar mi capa, dos objetos de mí muy conocidos, á saber: el manteo algo raído, pero cepillado y pulcro, de D. Nemesio, y el magnífico gabán con vueltas de

suaves pieles, que varias veces envidiara en hombros de D. Víctor de la Formoseda.

—¿Están ahí?—pregunté á la fámula, señalando hacia la sala.

—Sí, señor.

—¿Hace mucho que llegaron?

—Un momentito.

—¿Quién está con ellos?

—El señor y *misía* Fermina.

—¿Y la señorita Pastora?

—Ahora mismito vendrá; le mandó *misía* Fermina que se compusiera el pelo y se pusiese una corbata, y está en su cuarto.

Con ligereza y silencio de fantasma me escurrí á lo largo del corredor, sin hacer caso de la sirvienta, que bien me conocía. Empujé la puerta del cuarto de Pastora, y la ví de pie, ante una cómoda, apoyados en ella los dos codos, y entre las manos la cabeza. Alumbraba el lugar un veloncito de aceite.

Al sentir mis pasos volvióse ella, y casi á un tiempo gritamos nuestros nombres.

—Qué milagro.....—iba á preguntar Pastora,

—Están ahí—le dije.

—¡Ah! Ya lo sé. Tengo que salir.

—No salgas. No quiero.

—Pero.....

—Nada, nada. Que te dió un dolor de cabeza, ó de cualquier otra cosa. No sales.

—Bueno, bueno; pero vete: si el tío ó mamá

se enteran de que estás aquí, ¡qué disgusto...!

—Me alegraría. Así se marcharía de una vez ese D. Víctor ó don demonio.

—¿Qué me aconsejas, Pascual? Estoy que no sé lo que me pasa.

—¡Aconsejarte! Mira la carta que te traía escrita.

Eché mano al bolsillo, y no hay necesidad de decir que saqué la primera epístola, la que me dictara un arrebato de enojo y celos. Pastora la leyó rápidamente.

—¡Ay de mí! —dijo.— Tienes razón; pero, ¡qué de amarguras, qué de combates se preparan!

Miréla, y á la luz del veloncillo, su rostro cándido y malicioso siempre, me pareció grave, surcado de huellas de insomnio y de llanto.

—¿Tú me quieres, sí ó no? —le dije.

—Eso no se pregunta. Vete.

—Ahora mismo —respondí apretando sus dedos, fríos como barras de hielo.

Oyóse en el corredor la voz de doña Fermina, contenida é impaciente.

—Pastora, ¿tú acabas? —decía.

Temblamos que entrase. Pastora respondió con apagada voz:

—Voy en seguida, mamá. Estoy concluyendo.

—Pues á ver si despachas, ¿eh?

Y voz y pasos se alejaron.

Con la misma cautela que puse al entrar dejé la

habitación, solicitado por los elocuentes ademanes con que Pastora me señalaba la puerta. No hablamos otra palabra, y en breve me hallé lejos de aquella casa, recorriendo las calles sin dirección fija. Sentíame á la vez enorgullecido y malcontento, en una de esas situaciones complejas que piden desahogo. La ciudad estaba tan reposada y soñolienta como inquieto yo. No se oía más que el paso presuroso de algún tardío transeunte dirigiéndose á la cotidiana tertulia, ó el ladrido lejano de algún perro. Estaba la noche entreclara, sin luna, pero las estrellas bastaban á iluminarla. Llevado de mis pensamientos, caminé hacia la Alameda, y una vez allí seguí la dirección del hermoso paseo de Bóveda, más conocido por la Herradura, elevado semicírculo, desde el cual se domina, como á vista de pájaro, Santiago y un extenso anfiteatro de montañas, destacándose sobre la perspectiva de la ciudad las torres de la catedral, elegantes cúpulas que rompen la monotonía de las líneas de casas, confundidas entre la oscuridad y distintas únicamente por la mancha más sombría del verdor de las huertas.

Reinaba quietud profunda en el lugar, y sólo leve soplo de viento remedaba en las copas de los árboles voces misteriosas. Dejéme caer en un banco: ante mí, por entre dos troncos, ví oscilar algunas luces en la ciudad, y particularmente en ciertas casas ya aisladas y próximas á la falda del monte, un gru-

po de tres lucecitas vagarosas y bailadoras se movía y cruzaba como si ejecutase fantástico solo de rigodón. Embocéme en mi capa, porque el frío, en aquel sitio alto y montuoso, era recio. Las luces seguían danzando, y he de advertir que los gallegos asociamos multitud de ideas supersticiosas á estas luminarias movedizas y andariegas: razón por la cual yo miraba algo fascinado los resplandores de las saltarinas luces. De pronto, pegué un respingo: un hombre estaba sentado, arrimadito á mí, en el mismo banco, sin que yo supiese cómo ni cuándo había venido. Quedéme de una pieza. Lo peregrino del suceso, la hora, el lugar, el silencio y recogimiento maravillosos, pusieran pavor en el ánimo más entero y valiente.

Vergüenza me da hoy confesarlo: mas es lo cierto que el sobresalto me paralizó, hasta no consentirme echar á correr, ni menos volver y mirar cara á cara al inesperado acompañante. Así permanecimos unos segundos, en que yo oía distinto y claro el ruido de las palpitations de mi corazón. Mas subió de punto el temor cuando sentí una mano que me parecía de descomunal gigante posarse en mi hombro y una voz pronunciar estas palabras, bien vulgares y nada alarmantes en sí:

—Tenga usted felices noches, señor de López.

Pegóseme la voz á la laringe, y á impulsos del mismo susto me incorporé. Pero la voz añadió:

—¿No me conoce usted?

Sí que le conocía, y conocía aquellos dos negros huecos en lugar de ojos, que á la indecisa nocturna claridad hacían espantable figura. ¡Cosas de la imaginación! Si miedo tenía antes, cien veces más miedo me entró desde que ví que el duende llevaba las antiparras de Onarro.

—Buenas... noches...—tartamudeé.

—Siéntese usted—dijo el raro interlocutor asiéndome de la capa.

Búrlese el que quiera; téngame norabuena por medroso y apocado y aun por crédulo y simple en demasía; pero es lo cierto que al sentir que me agarraban, no se qué estremecimiento, qué horripilación corrió por la raíz de mis cabellos, y con la celeridad del rayo puse en planta el infalible expediente que sugiere el temor á los más tardos, y tomé las de Villadiego, dejando en manos del fantasma la capa que tenía cogida.

En desatada carrera crucé por delante del cuartel, me engolfé en las calles, y no paré hasta la plaza del Toral. Llegado allí, las iluminadas ventanas del Casino me animaron, y me detuve sin aliento. Una agudísima sensación de frío vino á congelar en mi frente el doble sudor de la congoja y del violento escape. El curso de mis ideas cambió por completo; me repuse, borráronse mis quiméricos temores, y comprendí la extensión de mi necia ridiculez. ¿A qué venía mi exagerada alarma, mi tontísima fuga? ¿Qué endriago, qué vestiglo,

qué alma del otro mundo me asaltara? ¿Acaso Onarero no era, como yo, hombre de carne y hueso? Lo mismo que á mí me diera la humorada de pasearme á deshora por el hemiciclo de la Herradura, ¿no podía tenerla el caprichoso y extemporáneo profesor? ¿Valía el lance la pena de tanto aspaviento? ¡Qué burla, qué chacota se me preparaba si se traslucía mi grande y risible pavura!

Lo que más me apretaba y daba fatiga era el pesar de haber perdido mi capa, fiel compañera de aventuras estudiantiles, adicta amiga de mis pobres huesos, tan propicia á encubrir el mal estado de mi raído chaquetón, como á cobijar entre sus pliegues el billetito amoroso de Pastora. Sólo el que ha sido estudiante en Santiago, comprende el subido valor de una capa. Heredera directa del manteo tradicional, la capa establece entre los escolares la igualdad, fraternidad y solidaridad más estrechas. Ante la capa, no hay altos ni bajos, pobres ni ricos, no hay sino hermanos. Los estudiantes que, como el señorito de la Formoseda, prescinden de la capa, rompen *ipso facto* el sagrado vínculo de la unión escolar. Están calificados y puestos en entredicho: la antipatía general cae sobre sus cabezas y viven como hongos, reducidos á la sociedad de viejos.

La capa forma parte del estudiante: es un órgano suyo, es el complemento de su piel: así es que al hallarme yo sin ella, parecíame que me faltaba algo

íntimo, indispensable para la vida, algo de mi individuo. Además, me chupaba de frío los dedos.

Mohino y de mal talante, estúveme largo rato suspenso entre volver á la Herradura y cobrar mi capa, ó tocar retreta hacia el hospitalario techo de doña Verónica. Era yo la viva estatua de la indecisión. Finalmente, ví aparecerse por debajo de los soportales de la Rúa Nueva dos serenos armados de sendos chuzos y farolillos: vista que me determinó á ir en busca de mi casa y cama. Llegué transido á la posada; al subir oí el rechinamiento de las botas nuevas de D. Víctor, que medía á grandes pasos su sala, y dí en el corredor con D. Nemesio, que llevaba en la diestra una palmatoria, amparando la luz con la siniestra para que el aire no la extinguiese.

—¿A dónde bueno tan deprisa y tan callado?— me preguntó, mostrando querer entrar conmigo en mi dormitorio.—¡Oiga! ¡Viene usted á cuerpol! ¡Pues no está la noche cruel que digamos!

—Voy á recogerme, Sr. D. Nemesio—respondí con flaca y desmayada voz, mientras daba diente con diente.

—¿Está usted enfermo?

—No me siento muy bien.

—¿Quiére que me quede en su compañía velando? Disponga usted de mi inutilidad, con franqueza.

—No, no señor, un millón de gracias. En durmiendo se me pasará.

—Traiga usted acá esa mano, hombre... ¡Cáspita, que fría, parece la mismísima nieve! y el pulso medio loco... Vaya, entre usted en el cuarto y acuéstese, que ya que no me quiera de enfermero, le haré una tacita de mi té. Es excelente, como que me lo regaló un capitán de barco, un muchacho más obsequioso...

El sacerdote me dejó para volver á pocos momentos con una estufilla y una tetera, en que en breve hervía la perfumada infusión. De suyo era servicial D. Nemesio; pero sospecho que aquella noche nació su grande caridad para conmigo, de atribuir mi abatimiento á causas muy diversas de la ridícula aventura de la capa. Algo escarabajaba en el ánimo de D. Nemesio, algo semejante á un remordimiento involuntario, que le movió á decirme, al par que echaba en la taza unos terroncitos de azúcar:

—¿No me pregunta usted nada de mi negociación matrimonial?

—¿Qué quiere usted que le pregunte?

—Pastorcita no estaba hoy buena. Digo, no sé si sería pretexto para no recibir al pretendiente.

Volvíme del otro lado sin responder. Tal era el efecto producido en mi espíritu por los sucesos nocturnos del paseo de la Herradura, que la grata noticia de la lealtad de Pastora resbaló sobre mi pensamiento como gota de agua sobre una super-

ficie de acero bruñido. D. Nemesio renunció á sarcarme del cuerpo palabra, y servídome que hubo el té y deseado una apacible noche, fué. Me dormí al fomento del calorcillo de la cama, pero me molestaron pesadillas singulares. La desordenada é inconsciente actividad de mi cerebro, transformaba lo ocurrido durante el día en fantástica sucesión de disolventes cuadros. Soñábame yo arrebatando á Pastora de las uñas de su furiosa madre, y huyendo á campo traviesa, montados ambos amantes en un corcel velocísimo, ella á ancas y yo gobernando el trotón. De pronto el pescuezo de éste se alargaba, se alargaba, convirtiéndose en el chuzo de un sereno, á cuyo extremo aparecía la cabeza, y ésta volviéndose hacia nosotros mostraba tener ojos humanos, provistos de azules resplandecientes antiparras... Otras veces me imaginaba estar con Pastora también, en la apacible estancia de su casa, á la luz del veloncillo: de pronto veíamos entrar á D. Nemesio con la sonrisa en los labios: Pastora daba un chillido, volcábase el velón: á tientas yo la buscaba para que nos fugásemos juntos: hallaba por fin un bulto en la oscuridad, y lo sacaba no sé por dónde á la calle: echábale encima mi capa, mas ésta se convirtiera en manto de plomo, como el de los hipócritas de Dante, y yo no podía manejarla... Después volábamos, volábamos, trasponiendo las torres de la Catedral, y siempre en dirección de triángulo de luces que en remo-

ta lontananza giraban vertiginosamente... ¿A qué contar tanto desatino?

Cuando desperté, bañado en sudor copioso, pude pensar que continuaba el sueño. En efecto, sobre mi lecho tendida, yacía mi capa: era la misma, no cabía dudarlo: harto conocía yo las bandas de descolorida grana, el paño parduzco y los broches de plata figurando conchas de peregrino de aquella cara prenda... Frotéme los párpados, paseé atónito una mirada por la habitación, y en la silla que junto á la mesa estaba ví sentado á Onarro, hojeando mis pocos libros.

VII

No hay nadie medroso á las doce del día (tratándose de miedo á cosas sobrenaturales). Yo, en aquel momento, ante el rayo de sol que cruzaba la vidriera é iba á besar jocundo la caleada pared, me hallé poseído únicamente de vergüenza terrible, recordando mi poquedad de ánimo y mi humillante escapatoria. Onarro estaba allí con su gabán color nuez, su floja y desaliñada corbata; á su lado, en la mesilla, reposaban las antiparras; y sus grises ojos, en mí clavados, se teñían de la benévola suspicacia que caracteriza las pupilas del gato do-

méstico, tigrecillo siempre receloso y siempre maligno en su mansedumbre. Onarro fué el que entabló el coloquio, que yo no supe ni quise.

—Ahí tiene usted su capa—me dijo señalando con el dedo al irrefragable testimonio de mi cobardía.

—Siento mucho que se haya usted molestado...

—¡Famoso susto dí á usted! Si yo sospechase que era usted tan... nervioso, jamás emprendería conversación con usted en aquel lugar y á aquella hora.

—¿Habrá venido aquí este hombre solamente para traerme la capa y soltarme de paso estas pulлитas?—pensaba yo. Y repliqué en voz alta:—Señor D. Félix, la imaginación á veces...

—Sí, ya sé yo que la imaginación, cuando preponderando sobre facultades superiores y envuelta en las nieblas de la ignorancia... y acaso dominada por preocupaciones adquiridas... Y es evidente que usted es un ignorante. Eso no impide á veces tener mucho talento. Hoffmann, el inimitable cuentista, soñaba despierto con trasgos, hechicerías, espectros y apariciones. Y usted puede estar adornado de brillante fantasía, sin que deje de ser un ignorante. ¿Verdad que lo es usted?

—En realidad... me parece que... francamente...

El respeto y el temor contenían en mis labios una respuesta ágría, pero íbame amostazando tan